

# Crónica Literaria

Por ALONE

**Bello y Sarmiento.**— Parece el tema indicado para una composición de retórica: paralelo de Bello y Sarmiento como encarnaciones del espíritu apolíneo y del espíritu dionisiaco en la literatura.

Rechazando Rodríguez Monegal la clásica tentación que le impondría simplificaciones en desarmonías con la realidad, tiende a proporcionar los elementos que un buen lector y hasta cualquiera aficionado al comentario podría trazar fíctil y sin provechoso.

Elizárate y se contraponen por igual las dos figuras.

Ambos son extranjeros y maestros, uno y otro se encuentran en Chile, forman escuela aquí y la escuela que labran es profunda: la ordenada paz de que goza el país bajo los decretos les permite arrojar sus semillas en el barro, protegidos por la misma autoridad.

Hasta ahí las semejanzas.

Las diferencias empiezan en el terreno físico, por decirlo así, corporalmente. Basta mirar las dos estatuas. La cabeza de Bello pide el apoteosis "apolíneo", es toda serenidad y equilibrio. Los rasgos dejan ver, añadiendo a su hermosura la expresión, una calma tristes, cierta ansiedad, la timidez y el pensamiento. Sólo se alza seguro cuando aparece entre sus libros, sobre el fondo de su biblioteca, aorado en el sabor.

Una de las páginas realmente vivas de los Recuerdos de Larraín pinta la figura de Sarmiento: "...sus 22 años de edad parecían 60, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sus ojos y afeitados, su mirada fija, pero osada a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que respiraba en un tronco ciego y casi encorvado".

Las divergencias se acentúan si penetramos en esas cabezas.

La de Bello, ávida y universal, se nutrió desde la infancia en toda clase de conocimientos, no cesó nunca de aprender. Nada de lo humano es ajeno a su curiosidad, idiomas antiguos y modernos, literatura clásica y romántica, los últimos descubrimientos de la ciencia y la poesía antigua, los códigos, las letras, el teatro, lo más remoto y la novedad reciente, van organizándose allí en filias enciclopédicas.

Sarmiento es un autodidacta y su jaeta de serio. En su pobre cuarto enlodado del tercer piso en el Portal de Sierra Bella, Larraín vio como su único tesoro, un "diccionario de la Conversación" y una hilera de cuadernos a la rúbrica. Su poderoso cerebro, hecho para la acción, no estaba demasiado lecturas, reclamaba los hechos inmediatos, violentos y se exaltaba fácilmente.

Genios uno y otro, rítmicos, orientados hacia el porvenir y visionarios, Bello extendía una mirada continental, Sarmiento la aplicaba aquí, como luchador político apasionado.

Un punto de los varios que comprende la polémica del 42 opone dos caracteres con nitidez: la cuestión del lenguaje, el uso del idioma.

Sarmiento se apoyaba en la soberanía del pueblo, le pedía sus ideas, sus imágenes, desechaba el refinamiento de la forma y su pureza. No le pesaba Bello, pero le daba su lugar, guardando la medida armoniosa. Colocó la elocuencia fuerte y chipante de su adversario; pero advirtió un peligro que Sarmiento descuidaba dejando a su capricho el idioma autóctono, se daría en la torre de Babel, el castellano fragmentado en nacionalidades, perdería su valor de vehículo común, de sonda entre los pueblos latinoamericanos.

Esto es decisivo.

También lo fue el golpe del argentino a la juventud chilena al enroscarse su inercia, su esterilidad pasiva, esa provocación audaz que la despertó indolentemente.

Mediante la acción de los contrarios la obra común se vio reforzada.

La revolución que el uno entusiasmó y que le taló por los pelos, la lenta evolución que el otro dirigió, magistralmente, coincidieron en una mente superior, establecida en el mundo largo años. Don Manuel Montt, para Alberro Edwards, es el segundo fundador de la república "en forma". No se sabe qué habría sido de ella sin él y qué suerte hubiera corrido el sacrificio de Portales.

Uno y otro lo acataron y él extendió su protección a ambos.

A Sarmiento, exiliado de Rosas, temeroso de su calidad de extranjero, se le conquistó con una frase histórica:

—Las ideas, señor, no tienen patria.

Sobre esa base, pudieron entenderse.

A Bello las condtancias políticas no le correspondían, él es el cetro, la doctrina y los espíritus de buena voluntad. Él mandaba desde ahí, sin alterarse, hablando, escribiendo, pensando. La sangre fogosa de Sarmiento seía arrastrado más allá de sus deseos, hasta la injuria. Cuando ésta apareció, encendiéndose la polémica y rebajándola, don Andrés se detuvo en un silencio digno, que no excluía los consejos oportunos a sus discípulos batalladores. Sarmiento resaca y se hace perdonar sus vehemencias confesándolas, reconociendo con una especie de bonhomía sus arrebatos y sus disparates.

Entre uno y otro, erguido, quejoso, protestante, va y viene un alumno infiel de Bello, partidario ocasional y dadas de Sarmiento, muy culto, pero que se creía más culto de lo que era, muy inteligente, pero no tanto como para evitar su satisfacción de estarlo; el hombre del "largo talento y lo luno" que le arrancó Jotabechu.

Emir Rodríguez Monegal, que mantiene la balanza en equilibrio inevitable cuando se trata de los grandes, sacrifica sin crueldad, pero resueltamente a don José Victorino Larraín, que se juzgaba superior a todos. Reclamaba siempre el primer puesto, la primera idea, la iniciativa principal. La tuvo a veces y sus méritos son considerables; pero esa obsesión de egolatría abre una brecha en su carácter y lo vuelve vulnerable a la simple vista. Ignoraba la modestia hasta un extremo candoroso.

La llamada polémica del 42, que empezó el 41 y terminó el 43, movimiento literario que Sarmiento tiró de política, envuelve muchas otras cuestiones de independencia histórica, como la querrela de las generaciones, eternamente renovada con sus impetuosas literarias, filosóficas, etc.

El fenómeno que en ese herido ha surgido la investigación de Rodríguez Monegal realiza cumplidamente su propósito de resucitar al "Otro Andrés Bello", reanimarlo quitándole la capa fría de retórica superficial que lo amantaba. Procediendo con amor y lucidez, indica las contradicciones de Larraín, que pág. 317, "escamotea a Bello todo lo que puede, mostrándolo en una página como un anciano sin ninguna influencia entre los jóvenes y presentándolo, en otra, como una potencia retrógrada, cuya influencia era inmensurable; exhibiéndolo una vez como compañero de los jóvenes y hasta convertido al nuevo arte por la acción persuasiva de éstos, pero saltando en seguida a apitar la imagen melodramática de un retrógrado que cierra con send mano el camino a la revolución tricontinental".

La verdad es que ocupaba un término justo, el límite, capaz de unir los contrarios y aprovechar lo que cada uno ofrecía de prácticamente valioso.

En este estudio de cañida tradición donde los ramos, rítmicos se condensan perfectamente documentados, no deja de aparecer la nota humana, el movimiento de la sensibilidad herida, incluso el detalle patético.

En uno de ellos la carta de Larraín a Sarmiento, año 1884, cuarenta y tantos años después de los sucesos que muestra su orgullo doliente hasta la humildad. Los "Recuerdos de provincia", del argentino apenas lo mencionan en segundo término. No pudo conformarse. Quiere refrescar la memoria, y le observa que él le llevó del tercer piso del Portal de Sierra Bella, donde estaba aislado, a la casa de la calle Agustinas que habitaba Montt, quien lo rescató por ser "cuyano". Fue un domingo con Quiroga Rosas. Entonces Montt habló con él, le apreció, lo descubrió y lo hizo suyo. "Vino después el torbellino de la política que me separó de Montt y es inútil a veces con él, haciendo que se olvidara de mí".

Siempre el olvidado yo tras la honra que Bello y Sarmiento desafiaron por igual, dando arribo.

**Bello y Sarmiento [artículo] Alone.**

Libros y documentos

**AUTORÍA**

Alone, 1891-1984

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1970

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Bello y Sarmiento [artículo] Alone.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile